

TÍTULO: “EL MORO DE LAS ALFOMBRAS”

DEDICATORIA: A mi querido padre, el mejor hombre que jamás he conocido.

Era un pequeño pueblo de la costa andaluza, al inicio de los años setenta, un municipio hasta hacía poco solo de pescadores en el que recientemente se estaba empezando a instalar un turismo local de veraneo. En aquella época, el español de clase media empezaba a prosperar, con timidez, pero con constancia y, apretándose el cinturón, algunos podían permitirse pagar unas vacaciones anuales para su numerosa familia, aunque fuera en las playas de su propia provincia o la más cercana a ella con mar (entonces era impensable e incosteable viajar al extranjero por placer, como ocurre en la actualidad, y los viajes a otros países se limitaban a los emigrantes que iban a distintos lugares a buscarse la vida).

En esos tiempos, los sencillos pueblos costeros empezaron a crecer. Primero muy poco a poco, aumentando el número de pensiones, que, por supuesto, no eran los actuales ostentosos “resorts” con todo incluido. Aparte de estos simples hostales, se comenzaron a habilitar como apartamentos casas antiguas de pescadores que se alquilaban normalmente a varias familias para compartirlas durante semanas, quincenas o meses con derecho a cocina. Gente que no se conocía de nada compartía casa de veraneo con tal de pasar unos pocos días en la playa. Y así, con escasos medios pero mucha ilusión, la mayoría de veces “realquilados” o en míseros hoteles, empezó a veranear humildemente el español de a pie en nuestro país y a soñar con una vida mejor en la que poder descansar junto al mar.

Después comenzaron a construirse aprisa las grandes edificaciones de pisos. Primero se empezó de forma sutil, con pequeños bloques de cooperativas, y luego surgieron de la noche a la mañana aquellos enormes bloques de cemento arquitectónicamente parecidos, no muy lujosos, que se fueron elevando en los pueblos de costa, quizás demasiado altos y muy cerca del mar. La gran mayoría fueron adquiridos en propiedad por gente trabajadora que estaba

empezando a tener mejor calidad de vida y que invertía en una segunda vivienda en la playa, la más cercana a su vivienda habitual a ser posible, y que, con su trabajo fijo (hoy en día algo difícil de lograr), iría pagando a plazos, con las famosas “letras de cambio”, sin por ello hipotecarse para toda la vida como actualmente, y en donde podría pasar la familia el verano y disfrutar, sin excesiva opulencia, de los días de ocio. Así ocurría que, durante la época estival, era frecuente encontrarte paseando por la playa a gente que además vivía durante el invierno en tu barrio de la capital. Era curioso ver durante todo el año a las mismas personas por distintos sitios. Pero también llamaba la atención que nadie se hastiaba de los otros y se saludaban con afecto, no como ahora, que no sabemos ni quién vive a nuestro lado.

Y también apareció la figura del “Rodríguez”, hoy en vías de extinción, aquel hombre que se quedaba en la ciudad trabajando de lunes a viernes mientras su mujer, que no tenía empleo fuera de casa, y sus hijos (cinco o seis, lo que antes se consideraba una familia “normal”), estaban en una playa próxima los tres meses de verano. Entonces no había móviles e instalar teléfono fijo en las viviendas costaba mucho dinero, así que la esposa se comunicaba con el marido a través de escasas llamadas desde los locutorios playeros en los que se sufrían interminables colas. Se contaban lo imprescindible en cortas conversaciones porque el teléfono valía muy caro: que si has comido bien, que si cómo va el trabajo; y las constantes quejas maternas: que si los niños no estaban estudiando para septiembre, que si no le hacían caso en nada, que si les habían picado las medusas... Las llamadas solían realizarse los miércoles, a mitad de semana, y los críos vivían el lunes y el martes con la permanente amenaza de las madres de “ya verás cuando se lo cuente a tu padre...”, porque era solo él en aquella época el que ostentaba toda la autoridad. El matrimonio y los hijos no tenían más que aquella relación telefónica semanal (no como ahora que estamos en permanente contacto con el WhatsApp) y solo se veían los fines de semana. Para el “Rodríguez”, el viaje del viernes o

sábado solía hacerse eterno, aparte de por los malos coches de aquella época, incómodos, inseguros, lentos y ni siquiera con aire acondicionado (¡con el calor que hacía!), por las malas condiciones de las carreteras que llevaban a la playa, la mayoría de las veces secundarias, de un solo carril y mal asfaltadas. Se formaban inacabables caravanas y viajar a la costa en pleno verano era a veces una verdadera odisea. Nada comparable con lo que es en la actualidad.

Cuando no se tenía coche propio, algo muy habitual entonces, se cogían las denominadas en mi región “Alsinas”, autocares un poco destartalados, sin asientos ergonómicos ni auriculares o pantallas de TV como los de hoy, en los que el viaje se hacía larguísimo por las múltiples paradas en cada pueblo de carretera y un trayecto que se realiza ahora por autovía o autopista en una hora podía llegar a durar entonces hasta tres o cuatro. En algunas ciudades de elevada altitud había que “bajar” a la playa por una carretera sinuosa de incontables curvas, siendo muy frecuentes los mareos y vómitos, sobre todo de los niños. También eran habituales las paradas para las micciones urgentes de los abuelos, que antes vivían con sus hijos, no en residencias de ancianos, y que iban a la playa al considerarlos uno más de la prole.

Además estaban, como siempre han existido, “los domingueros”, grupo formado en esos tiempos por aquellas familias de multitud de miembros que iban a pasar el domingo a la playa con la tortilla de patatas y los filetes de pollo empanados en las fiambreras y el gazpacho, la cerveza y la gaseosa en la nevera azul y que estaban allí todo el día bajo un improvisado toldo y con su mesa plegable para regresar por la noche colorados como salmonetes a la ciudad, contando a los chavales de tantos que tenían a fin de que no se les olvidara ninguno y rezando para que se durmieran pronto apretujados todos en la parte trasera del coche (por supuesto sin cinturones, sillitas para bebés ni nada por el estilo), y no les dieran el viaje de vuelta dando la tabarra, peleándose entre ellos y preguntando una y otra vez que cuándo llegaban a casa.

Y en todo aquel escenario de gente de las costas locales, invadidas por la emergente clase media de entonces, más o menos feliz cada uno a su manera y dentro de sus posibilidades, estaban ellos: los moros que vendían alfombras por las playas, como actores fuera de un contexto real. Aún no sé muy bien por qué lo hacían, pero era lo que se veía en aquellos tiempos, por lo menos en el litoral de Andalucía, quizás por su cercanía a Marruecos. Gente andaluza de la generación de los setenta como yo también los recordará.

No había llegado todavía a España la gran inmigración que tenemos hoy en día, aún no convivía con nosotros gente de otros países (lo que ahora, por fortuna, es habitual), ni había tantas personas extranjeras como actualmente que van vendiendo entre la arena objetos variados (relojes, gafas, pulseras, pareos...). Solo existían los hombres de origen magrebí que recorrían incansables la orilla con pesadas y calurosas alfombras árabes cargadas a sus hombros y a pleno sol. Era muy habitual verlos en los pueblos en crecimiento de la costa andaluza andando por las playas, que ya empezaban a estar un poco llenas, pero aún no masificadas (todavía no había que levantarse a las siete de la mañana para ir a colocar la sombrilla y no quedarse sin sitio). Sin embargo, siendo yo pequeña, nunca observé que nadie les comprara ninguna, pero ellos seguían insistiendo y dando largas caminatas cerca del mar ofreciendo su exclusivo producto: alfombras moriscas. Aún hoy no entiendo el motivo por el cual solo disponían de ese artículo si tan mal lo vendían y tan difícil e incómodo les era de transportar. Supongo que sería porque era lo único que les permitirían traer de su país sin problemas. Realmente no lo sé. Pero el caso es que estos vendedores ambulantes se acercaban con educación a los veraneantes mientras tomaban el sol y les ofrecían alfombras morunas, según ellos traídas desde su tierra natal, y que les quedarían muy bien en casa.

En esos tiempos pasados, y quizás mejores, recuerdo una vez que estábamos sentados toda mi familia y yo (que aún era una cría) en un chiringuito de una localidad con playa de nuestra

provincia en la que veraneábamos porque mis padres, con mucho sacrificio, tesón, esfuerzo y trabajo, habían logrado ahorrar y comprarse un pequeño piso allí. Mi padre hacía de “Rodríguez” los días laborables y, cuando él venía los fines de semana, íbamos a tomarnos algo fuera para celebrarlo. En la época en la que solo te daban un duro para un “polo flash” por la tarde, el salir “de tapas” era una fiesta, no como ahora, que nadie suele valorarlo. Solíamos frecuentar un pequeño bar que hasta hacía muy poco había sido uno de los pocos existentes en el pueblo y al que la mayoría de los vecinos de allí y los incipientes foráneos iban más bien por costumbre que porque fuera realmente bueno. Lo regentaban un padre y sus dos hijos y era un negocio familiar, no una franquicia como la mayoría de los actuales. Ninguno de ellos era demasiado agradable con los clientes, pero la gente seguía acudiendo, tal vez por la escasez de oferta de otros sitios (no ocurría como ahora, que puedes encontrar muchísimos bares en la playa), por las tapas de pescado fresco o simplemente por rutina inferida. El caso es que el lugar, por una razón u otra, estaba lleno de clientela entre la que se entremezclaban habitantes del pueblo de toda la vida: pescadores, comerciantes, jubilados, etc., con mediocres veraneantes que estaban empezando a prosperar. Y en el medio innumerables niños y niñas correteando por allí, incluida yo.

Antiguamente no ponían en los establecimientos el cartel tan usual hoy en día de “Prohibida la venta ambulante” porque no era tan frecuente como ahora. Así que, de repente, entró un moro con sus alfombras al hombro en aquel cutre bar de playa. El menudo hombre de tez morena iba descalzo y pasó sigilosamente, sin hacer ruido. Empezó a andar entre las mesas de los clientes ofreciéndoles a todos de forma correcta y con su acento mezcla de árabe, francés y español su único artículo. Aunque el bar estaba muy lleno, nadie parecía demasiado interesado en comprarle una alfombra y todos le contestaban que no, algunos de una manera más educada y otros más brusca. Cuando la clientela de una mesa le decía que no querían

adquirir nada, con más o menos cortesía, el moro, sin enfadarse, se iba a otra a probar suerte. La gente que había allí, gente normal, “de la de siempre”, de pueblo o de provincias, trabajadora, no “pijos” ni “esnobs” como muchos de los actuales visitantes de los chiringuitos de playa, no pareció sentirse ofendida ni violentada con el ofrecimiento de alfombras del hombre. Simplemente no les llamaban la atención, no las querían, pero parecía que tampoco les molestaba que aquel inmigrante estuviera allí enseñándoselas. Y el vendedor ambulante, como no tuvo fortuna con las ventas en aquel lugar, no insistió más y decidió marcharse con tranquilidad, sin problemas, al igual que había venido.

Entonces los dos hijos del dueño se percataron de su presencia y se dieron cuenta de que aquel moro había entrado en el establecimiento sin su permiso. Hasta ahora no lo habían visto ni oído, quizás por el ajetreo del negocio y el ruido de fondo de los clientes que lo llenaban en aquella hora punta. Y de repente, no se sabe bien el por qué, los hermanos entraron en cólera y se dirigieron con furia hacia él antes de que abandonara el local. Sin mediar palabra, sin motivo aparente y aún dentro del bar, empezaron a pegarle de forma inhumana delante de todo el mundo, dándole innumerables patadas y puñetazos. El pobre desgraciado no sabía cómo defenderse mientras los dos hermanos le daban fuertes golpes a diestro y siniestro hasta que lo arrinconaron y lo tiraron al suelo, donde siguieron pegándole mientras le ofendían con insultos irrepetibles de carácter xenófobo. El hombre se protegía con los brazos y adoptaba una posición fetal mientras era vapuleado por todas partes, sus ojos se empezaban a hinchar y sus labios sangraban. Ni siquiera trató de defenderse y devolver los golpes. Tampoco gritó ni suplicó. Solamente gemía de dolor, miraba con miedo a sus agresores y se cubría con las manos y con algunas de sus espesas alfombras morunas que ahora le estaban sirviendo de parapeto ante la ira de aquellos energúmenos que pisoteaban a la vez su cuerpo y su honor. Todo ocurrió en unos casi imperceptibles instantes, en unos escasos minutos, nadie supo a

ciencia cierta a qué venía aquello ni por qué empezó. Nosotros no nos dimos cuenta de lo que sucedía hasta un poco más tarde, cuando el infeliz marroquí estaba ya pataleado y medio moribundo en el suelo. Con el escándalo el dueño del bar, el padre de los agresores, que hasta entonces permanecía en la cocina, salió para ver qué pasaba y, al observar la escena, en vez de corregir y regañar a sus hijos por lo que estaban haciendo, se unió a ellos en la humillación al moro y empezó también a pegarle y ofenderle. Él no sabía nada de lo que había pasado antes, pero sin embargo su primera reacción fue ir en contra del más débil y desamparado en lugar de intentar con su madurez y experiencia frenar a sus hijos, preguntar por lo menos qué había sucedido y solventar una situación que estaba alterando a todos y que quizás sus jóvenes vástagos habían gestionado mal.

Pero lo peor de todo no fue eso, sino que ninguno de los allí presentes hizo nada para defender al moro agredido ni criticó aquella cruenta vejación. Nadie se levantó de su silla para detener esa injustificada violencia. Ni la gente del pueblo ni los veraneantes, todos se suponía que “gente de bien”, “gente de la de toda la vida de Dios”, se inmutaron o salieron en ayuda de aquel desdichado. Nadie quería meterse en problemas. Ninguno quería oír ni ver nada. No rechistaron ni dijeron media palabra. Todos callaron y permanecieron impasibles devorando sus tapas o menú del día. Solamente mi padre, un buen hombre que había empezado desde abajo y que se había ganado siempre la vida como comerciante viajando por nuestro país y vendiendo sus artículos, empatizó con el moro y salió en su defensa recriminando a los propietarios su cruel comportamiento y diciéndoles que aquel vendedor no había hecho nada malo, que solo había ofrecido sus alfombras para ver si alguien quería comprárselas y que eso no era delito. Se interpuso en la pelea e intentó separar a aquellos tres brutos del moro. Estuvo a punto de recibir algún golpe, pero mi padre era en aquella época joven, alto y fuerte y pudo contenerlos en gran medida. También intercedió entonces mi madre, una piadosa mujer, que

intentó cubrir con su propio cuerpo al herido para que no recibiera más porrazos mientras le limpiaba la sangre de la nariz y de la boca con una de nuestras toallas de playa, como una moderna Verónica enjugando el rostro de un Cristo musulmán. ¡Menudas incongruencias tienen a veces la vida!

Al final pareció que todo volvió a la calma y dejaron de golpearle. Se hizo un interminable silencio y los dueños del bar apartaron con rudeza a mi madre y a mi padre y sacaron al moro en volandas a la calle tirándole despectivamente las pesadas alfombras encima, algunas manchadas de su propia sangre. Todos los espectadores vivieron la escena sin tan siquiera ofrecerle ayuda, inalterables. Y, poco a poco, se restauró la normalidad, como si nada hubiera pasado, como si aquel ensañamiento gratuito y aquel pisoteo de la dignidad humana sin sentido hubiera sido la cosa más cotidiana del mundo. Todo siguió igual a pesar del ultraje a un pobre indefenso. Poco a poco empezó a oírse otra vez el ruido de fondo en el establecimiento, los niños volvieron a fastidiar a sus padres con sus gritos, los violentos camareros reanudaron el trabajo tomando las comandas y sirviendo las mesas y el dueño del bar regresó a la cocina. Aquellos “nuevos ricos” siguieron indiferentes con su rutina pidiendo bebidas y picoteo. No se habló más del tema. Simularon con ironía que no había pasado nada. No se llamó a las autoridades, ni a los sanitarios, ni se hizo denuncia alguna. No hubo un ápice de humanidad ni un poco de misericordia. Todo fue mera hipocresía. Secretismo absoluto ante un hecho infame. El mutismo de los cobardes. A nadie le importó no defender a un desvalido magrebí al que habían dado una paliza de muerte por algo tan inofensivo como intentar vender sus alfombras.

Solo mi padre pidió la cuenta con rapidez y nos dijo que nos marchábamos enseguida de allí. Refirió en voz alta, para que lo escucharan bien todos, que no quería estar más en un lugar donde se trataba tan mal a las personas y no se las respetaba. Miró de soslayo a los hijos del

dueño, que seguían con lo suyo, y salimos con premura de aquel dichoso bar, dejándonos atrás las consumiciones enteras pero orgullosos todos nosotros, mis hermanos y yo, de la actitud ejemplar de nuestros padres y, a la vez, con mucha vergüenza ajena por el proceder de los demás. Estaba visto que no toda la gente era capaz de defender los derechos de los otros, aunque estuvieran viendo que se cometía una injusticia delante de ellos. No eran conscientes de que, la mayoría de las veces, el guardar silencio ante una mala acción, nos hace tan culpables como el participar activamente en ella. Parecía que nadie le daba el suficiente valor al honor de los demás, fuera cual fuera su nivel económico o cultural, clase social, raza o religión. Ninguna de todas aquellas personas “dignas”, a priori “sencillas” y se supone que, por tanto, “solidarias”, hizo ademán de detener la feroz violencia ni fue capaz de meterse por un instante en la piel de aquel hombre, ponerse en su situación y mostrar compasión por él. Únicamente mis padres le ayudaron, se comportaron con humanidad, se solidarizaron, tuvieron buenos sentimientos y una actitud respetuosa.

Cuando nos fuimos de aquel lugar el moro había desaparecido. Mis hermanos y yo correteamos por las calles cercanas a ver si lo encontrábamos por si necesitaba nuestra ayuda, pero no lo vimos. Solo había un pequeño rastro de sangre en el paseo. Al salir, mi padre se paró enfrente del bar (parece que lo estoy viendo) y entonces le hizo “la cruz y raya” como decía, gesto muy característico de él, antiguo estudiante de colegio de curas, y que consistía en hacer la señal de la cruz en el aire con la mano derecha. Esto significaba que nunca más, pasase lo que pasase, entraría en aquel sitio. Y así lo cumplió mientras vivió.

Al día siguiente estábamos en la playa y, por casualidad, pasó junto a nosotros el mismo moro de las alfombras de la pelea del día anterior. Maltrecho, dolorido y cojeando, caminaba despacio y descalzo por la arena, sin quemarse, con los ojos amoratados, la cabeza baja y los labios hinchados. Mi padre se acercó amigablemente a él y nos prohibió que fuéramos todos

al unísono para que no se asustara al verse rodeado de repente de una familia tan numerosa. El hombre se alegró mucho al reconocerlo y se le saltaron las lágrimas. Estrechó con fuerza la mano de mi padre como agradeciéndole el gesto que tuvo con él al defenderlo de la paliza recibida. No sé de qué estuvieron hablando durante un largo periodo de tiempo porque estaba jugando y no los escuchaba. Solo recuerdo que ambos dialogaron de forma fluida, como si se conocieran de toda la vida y no hubiera barrera idiomática alguna entre ellos (será que cuando dos realmente quieren, siempre encuentran la manera de entenderse).

Al rato, vimos como el moro le mostraba las diversas alfombras que llevaba al hombro a mi padre y, en agradecimiento, insistía en regalarle una por su valentía. Pero él volvió a nuestra sombrilla y cogió su cartera mientras el moro le esperaba a una cierta distancia. Preguntó los precios y le pagó no sé con exactitud qué cantidad de dinero (entonces pesetas), sin tan siquiera regatear (como era lo habitual en esas operaciones), y le compró una preciosa alfombra árabe, la más pesada y grande de todas las que llevaba y supongo que también la más cara. El vendedor no quería aceptar el dinero en señal de gratitud, pero mi progenitor insistió en que lo cogiera. Al despedirse, el moro le hizo una inclinación de cabeza a mi padre para mostrarle su respeto y él lo agarró por sorpresa y le dio un fuerte abrazo, como si hubiera sido su compañero de siempre, como si la amistad profunda se pudiera forjar en un solo día y fortalecerse ante las circunstancias adversas. Luego se marchó caminando cabizbajo por la arena, más liviano su hombro y su corazón, y observamos que una lágrima sigilosa recorría su morena y herida mejilla. Nunca más lo volvimos a ver, aunque lo buscamos durante los veranos siguientes. Jamás supimos ni siquiera su nombre. Pero su imagen y la de mi padre, dos personas tan distintas y que se acababan de conocer, abrazándose en la playa, con el sol y el mar de fondo, siempre pervivirá en mi memoria como un símbolo de fraternidad, bondad, solidaridad y respeto y como uno de los mejores recuerdos de mi infancia.

Cuando llegamos a casa, mi madre lavó la alfombra con aquel maravilloso jabón casero de sosa que ella hacía con el aceite usado porque todavía tenía restos de sangre, y la dejó impecable. En realidad, era una pieza muy bonita, amplia, de tejido artístico espectacular y arabescos dibujos que estuvo en el hogar de mis padres durante muchos años y sobre la que jugamos todos nosotros hasta que se deterioró por el excesivo uso. Pero no la tiraron y la guardaron de recuerdo. Siempre que la mirábamos todos recordábamos la historia de aquel moro de la playa y el ejemplar comportamiento de mis progenitores.

Con el paso del tiempo esa zona costera creció cada vez más. Las cervecerías, mesones y restaurantes junto a la playa se multiplicaron asombrosamente. Los veraneantes también. Había veces en las que estaba todo lleno y no se encontraba sitio libre en ningún lado para tomarse algo, solo en aquel pequeño y antiguo local, menos frecuentado que antes por haber más y mejores ofertas. Pero ni aun así entrábamos en él: “Aunque fuera el único bar del mundo”, solía decir mi padre. Y ahora lo seguimos cumpliendo todos nosotros, sus hijos y nietos, que todavía conservamos el antiguo piso de la playa y la vieja y hermosa alfombra.

El establecimiento aún existe, imperturbable en el tiempo, sin reformar, tal y como era en aquel entonces. También lo sigue regentando la misma familia de antaño, los dos hombres sin conciencia que maltrataron a aquel desdichado moro de las alfombras, ahora con sus hijos. Su padre, al igual que el mío, también falleció. Cada vez que paso por delante recuerdo esta historia, se la cuento a mis hijos (“Mamá, ¡qué pesada eres, siempre con lo mismo!, me responden inexorablemente) y admiro la lección de humanidad, compasión y respeto hacia los demás que me dieron mis padres. Ellos nos enseñaron que hay que empatizar e intentar tratar siempre con educación y cortesía a todo aquel que intenta ganarse la vida honradamente, sea quien sea y venga de donde venga, y que la violencia y la indiferencia ante los malos actos no conducen a nada bueno y bajo ningún concepto son justificables.

EPÍLOGO:

Hoy en día, cuando veo a un vendedor ambulante por la playa o entrando en algún local de restauración, también recuerdo lo que pasó en aquel bar hace tantísimos años. Y observo con asombro y resignación que las cosas no han cambiado demasiado. Los dueños de los establecimientos tienen el derecho de admisión y tratan muchas veces con desprecio y sin escrúpulos a las personas que entran intentando vender sus artículos. Aunque, por suerte, no he vuelto a ser testigo nunca más de ningún hecho violento como el verídico que relato aquí, sí que percibo con desagrado cómo la mayoría de las personas miran por encima del hombro y con desdén a esta gente inmigrante que solo intenta ganarse el pan de cada día.

Y en este inestable mundo actual, saturado de conflictos y guerras entre gente de diferentes religiones, recuerdo cada día con orgullo a mi padre por su empatía, implicación y valentía con personas de distintas creencias, en una época en la que no era lo habitual. Ojalá yo sea capaz de transmitirle esos mismos valores a mis hijos. Siempre ha habido buenas personas que se crecen ante las injusticias y mi padre era una de ellas. E imagino con fe inquebrantable y amor incondicional que, quizás, esté ahora cómodamente sentado en el cielo sobre una de las alfombras de aquel moro de la playa, su amigo por un día y por toda una eternidad, y hablando de forma cordial con él sobre Dios o sobre Alá, nunca se sabe. Y en realidad, ¿qué más da? Mientras haya libertad de credo y se trate con dignidad a todo tipo de personas sea cual sea su raza, color o religión, mientras exista el diálogo, el respeto a los derechos humanos y todos los hombres y mujeres del mundo tengan la razón, el corazón, la sensibilidad y la conciencia suficientes para comportarse de forma compasiva y fraternal con sus semejantes y empatizar y conversar con ellos, se podrá seguir creyendo en el ser humano, **SEGUIRÁ HABIENDO ESPERANZA PARA LA HUMANIDAD.**